

conservadora en temas claves como el cambio, la teoría, la naturaleza humana, la libertad, el gobierno, la sociedad y la igualdad. A través del desarrollo de cada capítulo podemos observar que para el autor parecen ser tan conservadores Edmund Burke o Russel Kirk, como Ronald Dworkin o Robert Nozick.

Entre la cantidad de conclusiones –que no transcribiremos por obvias razones– Honderich coloca la adhesión a una libertad de propiedad y de mercado, una falta de entusiasmo hacia las libertades sociales y civiles, una inclinación natural hacia la aristocracia auténtica, al autoritarismo, una posición racista y elitista y una defensa de derechos políticos y de igualdad limitados. En síntesis, el discutido “cientificismo” del autor queda más remarcado cuando llega a la “discutida” conclusión final –que preveíamos–: “La conclusión a la que llegamos es que los conservadores son egoístas. Es que no son nada más. El egoísmo es la base racional de su política, y no tienen más base racional. No cuentan con el apoyo, la legitimación, de ningún principio moral reconocido. Es por esto por lo que se diferencian fundamentalmente de los que se oponen a ellos. Este horrible hecho es lo mejor y lo único que se puede decir para explicar sus diversas características distintas. Es falso que se opongan a todo cambio. El cambio concreto al que se oponen es el que va contra sus intereses” (p. 302/3).

El libro merece ser leído para advertir cómo se pueden disfrazar los “pre-judicios” bajo seriedad científica. Creemos que el autor debiera volver a la lógica –que esperemos maneje con mayor nivel fuera del ámbito de las ciencias sociales– y no vuelva a incursionar en el estudio del pensamiento político.

F. H.

---

## ENFOQUES POLÍTICOS DE UN HISTORIADOR

“LA DIPLOMACIA”,

DE HENRY KISSINGER. ED., FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, MÉXICO, 1995. 920 PÁGS.

No parece necesaria una presentación del autor, ya que es de todos sabido que Henry Kissinger fue Asesor de Seguridad Nacional del presidente Nixon y Secretario de Estado de lo Estados Unidos de América, pero quizás es menos conocido que su título y formación profesional son las de un historiador.

Quienes por alguna circunstancia nos hemos interesado por su carrera aca-

gémica conocemos su tesis doctoral en Historia sobre la política exterior de Metternich (editada en castellano bajo el título *Un mundo restaurado*, México, F.C.E., 1972), cuyo eje del "equilibrio de las naciones" fue marco de su política exterior, incluyendo la incorporación de China "comunista" al Sistema. Precisamente, estas ideas y en particular la política vietnamita, fueron estudiadas por él mismo en *Política exterior americana* (Barcelona, Plaza & Janés, 1970). Finalmente, conocedores de su gran afición por la escritura, le conocemos sus interesantes *Memorias en dos voluminosos tomos* (Bs. As., Atlántida, 1979).

La obra que hoy nos ocupa conforma otro grueso volumen que conserva su peculiar –y ameno– estilo, junto a su notable base histórica. En esta oportunidad Kissinger se ha dedicado a estudiar con mentalidad de historiador el desarrollo de la política exterior americana en este siglo –de la cual fue actor importante– y a la que cataloga como el "nuevo orden mundial".

Para el autor no caben dudas que ese nuevo orden –caracteriza el siglo XX– tuvo por actor principal a los Estados Unidos de América –su patria de adopción–. Parece de relevancia señalar que su actual sucesora es de origen checo, así como él era alemán, argumento que avalaría la tendencia aislacionista del americano.

Kissinger no duda –y el dato es fundamental– que "desde que los Estados Unidos entraron en la arena de la política mundial, en 1917, han sido tan predominantes en su fuerza, y por ello tan convencidos de lo justo de sus ideales, que los principales acuerdos internacionales de este siglo han sido encarnaciones de los valores americanos ..." p. 13), como también escribe (en 1994) que lo nuevo es que ya "no pueden retirarse del mundo ni tampoco dominarlo" (idem).

En esta obra, junto a la tesis del "nuevo orden" reaparece como idea dominante la teoría del "equilibrio de las naciones", a la que dedica una parte significativa del primer capítulo y luego reaparece a través de todo el libro.

Kissinger no duda que está surgiendo un "nuevo orden" y trata de bucear en su raíces, aprovechando esta circunstancia teórica para estudiar los temas que le tuvieron por actor principal y sacar las conclusiones del político, pero también del historiador, que le permitan sugerir líneas para ese "nuevo orden" que se avecina, tarea casi obligatoria del verdadero historiador, que estudia el pasado para mejor conocer el presente y prever el futuro y no para reconstruir un tiempo antiguo irrepetible y quizás irrelevante como tal.

El autor no vacila en reconocer que "el estudio de la historia no nos ofrece un manual de instrucciones que pueda aplicarse automáticamente; la historia enseña por analogía, dándonos luz sobre las probables consecuencias de

situaciones comparables. Mas cada generación deberá determinar por sí misma cuales circunstancias de hecho son comparables" (p. 22).

A través de su casi un millar de páginas –tamaño al que nos tiene acostumbrados– desfilan –y se analizan– acontecimientos tan importantes de nuestro siglo como la aparición del presidente Wilson, el pacto nazi-soviético, el comienzo de la Guerra Fría, Corea, las crisis de Suez y de Berlín, Hungría, Vietnam, la "diplomacia triangular" de Nixon, la detente o el fin de la Guerra Fría.

En el desarrollo de la obra se aprecia permanentemente, junto a la experiencia del diplomático práctico el profundo conocimiento del historiador maduro y reflexivo.

La obra de este gran defensor de la realpolitik está construida –según nuestra opinión– sobre dos ejes: aislacionismo o intervencionismo, idealismo o pragmatismo; y obviamente Kissinger "pragmáticamente" deja abiertas las opciones.

En el capítulo final –a manera de conclusiones– el autor efectúa una larga "reconsideración del nuevo orden mundial", en el que los discursos de Clinton no varían demasiado con las expresiones de Wilson sobre "ensanchar la democracia" edificando un "nuevo orden mundial" sobre los valores americanos.

El autor concluye que es la tercera vez en este siglo que los Estados Unidos de América se lanzan a crear ese nuevo orden, luchando contra su tradicional tendencia aislacionista. A su vez afirma que "un país con la tradición idealista norteamericana no puede fundamentar su política en el equilibrio del poder como única norma para un nuevo orden mundial" (p. 832) pero "si no es posible un sistema wilsoniano basado en la legitimidad, los Estados Unidos tendrán que aprender a actuar dentro de un sistema de equilibrio del poder, por muy poco que les guste semejante curso" (p. 833). ¿Cuán lejos estamos con el pragmático Kissinger del "Estado gendarme" o del "fin de la historia"?

Varias decenas de notas y citas bibliográficas garantizan una vez más la indiscutida seriedad científica del trabajo, más allá de las coincidencias ideológicas que pudieran tenerse o no con el autor: una obra que no puede ignorarse si se pretende conocer nuestro siglo.